Pasadas en ese

Un relato corto de Ivan Lausuch

25 de octubre de 2025

A mitad de una mañana cualquiera de invierno, a una hora determinada —siempre la misma —, la pequeña aspiradora autónoma despertó. De cuerpo circular y aplastado, con sus dos pequeños brazos de cepillo que giraban sin cesar, arrastrando hacia su boca los desechos ajenos, activó su motor eléctrico. Sus piezas móviles comenzaron con un crujido —ya tenía muchos años de servicio—, pero pronto recuperaron su función: aspirar, barrer, detectar y moverse. Con su sonido, que para algunos era alto, se dirigió lentamente hacia la primera zona designada para recorrerla en interminables eses, de pared a pared, pasadas destinadas a dejar el suelo limpio.

Pero aquella mañana ocurrió lo que, últimamente, venía ocurriendo a menudo: algo insólito. Se dirigió directamente hacia la habitación de trabajo de su propietaria. No quedaba lejos de su lugar de reposo y, como siempre, encontraría la puerta abierta, pues vivía sola y nadie la molestaba durante sus horas de trabajo. Con su ruido de aspiración —que su propietaria encontraba infernal—, pasó bajo el marco de madera blanco.

En esta ocasión su propietaria, aunque sentada allí, parecía extremadamente concentrada frente a su terminal. La pequeña aspiradora cucaracha se arrastró hasta su silla giratoria. La golpeó una vez con su sensor rudimentario de obstáculos, retrocedió y volvió a embestir. Entonces ella perdió la atención del trabajo y giró sobre la silla.

—¡Otra vez tú! ¡Maldita sea, ya me he desconcentrado!

Se levantó, recogió del suelo la aspiradora, la depositó fuera de la habitación y la reactivó. Cerró la puerta pero no del todo —no le gustaba estar en un cuarto tan pequeño con la puerta cerrada—, pero lo suficiente para poder asistir a una reunión en línea que tendría en breve.

La aspiradora realizó sus labores con normalidad durante un tiempo. Pero volvió a interrumpir en el despacho de su propietaria. Primero chocó contra la puerta entreabierta, levemente, aunque con la fuerza suficiente para que la inercia del impacto la abriera de par en par; golpeó el tope magnético y se oyó el anclaje. De nuevo, penetró en la habitación con sus ruidos característicos y molestos. Y de nuevo, volvió a dar contra una de las ruedas de la silla de trabajo.

En esta ocasión, su propietaria estaba en medio de una conversación en línea.

—Espera, voy a apagar esta cosa; apenas puedo oírte con tanto ruido.

No se levantó: flexionó el cuerpo lo justo para alcanzar con el dedo índice de la mano izquierda el botón de pausa de la aspiradora, acallando sus ruidos. Y, reincorporándose, continuó su conversación.

—Ya está. Es muy molesta —dijo ella.

—¿Aún tienes una de esas pequeñas aspiradoras que van por el suelo?

—Sí —pensativa—. Ha funcionado muy bien hasta ahora.

—Una analista de comportamiento artificial como tú, con una aspiradora tan simple. ¿Por qué no compras un robot moderno?

—No sé… tengo bastante tiempo libre para ocuparme de la casa y me ayuda desde que pasó lo que pasó. Me mantiene ocupada —contestó ella, melancólica —. Pero es curioso: antes recorría toda la casa y visitaba mi despacho solo de vez en cuando. Ahora parece obsesionada con estar aquí. Diría que está obsesionada conmigo. A veces insiste no solo cuando estoy sentada; también choca contra mis pies cuando estoy cocinando o cualquier otra cosa.

—¿Has hecho el análisis? —preguntó la voz.

—No, no se puede. No tiene interfaz de depuración de IA. Es… bueno, no es exactamente una IA; creo que es aún una IA rudimentaria, de las primeras generaciones. No es nada inteligente. Era de mi marido y no quería deshacerse de la maldita aspiradora. —Tras un suspiro—. Creo que ya va siendo hora que la retire.

—Fue una gran pérdida. Siento mucho lo que ocurrió - agachando la mirada en el vídeo - y que perdiéramos su consciencia digital. Sabes que fue un accidente energético y…

—Sí, lo sé —interrumpió ella—. Continuemos con la reunión.

Esa fue la última vez que la aspiradora se acercó a ella por voluntad propia. Y, mientras su batería moría exprimiendo sus últimos electrones en aquel vertedero de desechos electrónicos, sus básicos y tristes circuitos, aplastados por otros trastos, pensaron en ella. Pensaron —si cabe decirlo así— que acercarse y golpearla era lo único que podían hacer. Fue lo que él pudo conseguir: colarse en esa aspiradora torpe, guardar un resto de su consciencia y decirle, por última vez, que la quería.